

(26) EL CONFLICTO SOCIAL.

Los motivos para rebelarse.

El hecho de que Madrid, a diferencia de otras ciudades europeas, no conociera en los tres siglos que median entre las Comunidades y el Dos de Mayo revueltas sociales de importancia, no quiere decir que la conflictividad social no existiera. La hubo, en primer lugar, latente o enraizada en la pobreza, paro, marginación y segregación; debajo de estos vocablos siempre había unos grupos sociales, cuya vida está marcada por la desigualdad. Pero también se dio una conflictividad manifiesta, como reflejan los miles de pleitos en los que es imposible silenciar lo que de enfrentamiento social hay en ellos. Más explícita aún es la delincuencia madrileña: un fenómeno crónico que abarca desde el robo a la violencia pasando por el desacato a la moral impuesta. Encontramos también revueltas ligadas a la escasez y carestía de alimentos y a los problemas laborales. Pero no termina aquí la conflictividad manifiesta, pues aparece entre los propios grupos de la clase dominante; en la vida interna y externa de las cofradías; entre laicos y eclesiásticos por el control de la religiosidad; entre las autoridades del ayuntamiento y del estado, etc. Es cierto que en estos enfrentamientos pesan más los consensos profundos (de clase) que las desavenencias, pero reflejan la pugna por intereses concretos. Tampoco se olvide que en los conflictos bélicos o políticos se mezclan problemas de escasez, precios elevados o salarios bajos, como ocurre en las guerras de Sucesión e Independencia.

Hay que reconocer, sin embargo, que la conflictividad de las clases populares madrileñas resultó poco peligrosa, incapaz de alterar las formas de propiedad o de transformar el aparato político. ¿Por qué esta "debilidad" de las clases populares? ¿Dónde están las causas de esos tres siglos de aparente "estabilidad" social en Madrid? ¿De qué mecanismos se dotó la sociedad cortesana para neutralizar las alteraciones del orden social?

La primera respuesta es el control. Control impuesto en la Corte por las clases dominantes. Control ejercido por un aparato político de cuyos instrumentos represivos cabe discutir el tamaño y organización pero no que fueran capaces de mantener a raya a los disconformes. Algo parecido se puede decir del control ideológico impulsado (desde tribunales, púlpito, confesionario, talleres, familia, fiestas y símbolos) con la finalidad de que las relaciones personales, de paisanaje, de parentesco ... arrinconaran a las de clase. Por otro lado, conviene considerar la preocupación del poder por tener a la población madrileña abastecida, ya que una alimentación subvencionada era la mejor forma de prevenir revueltas de hambre. Un nivel explicativo parecido -servir de antídoto- podemos atribuir a las consecuencias del entramado benéfico-asistencial. En último término, también contribuyó a mermar la fuerza conflictiva de las clases dominadas su propia atomización, así como la falta de agentes (liderazgo y organización) capaces de convertir el malestar y la explotación en actuaciones ideológicas y políticas subvertidoras.

Todos estos factores pudieron reducir la intensidad del conflicto pero jamás consiguieron hacerlo desaparecer. Porque son los rasgos estructurales de la sociedad cortesana (sin olvidar los del mundo rural en el que se inserta) los que alimentan unas aspiraciones populares fundamentalmente económicas: mantener o mejorar sus condiciones de vida; elevar sus salarios o evitar al menos su deterioro; rebajar el precio de los productos y asegurarse la provisión de víveres y alojamiento. El fracaso en lograr tales objetivos o, a menudo, el agravamiento de la miseria estuvieron en la raíz de los conflictos, aunque no siempre el hambre desembocara en el motín.

Pero las clases populares -entre las que apenas hay movilidad social- también eran empujadas a la revuelta por otras causas. Y es que cada movimiento de protesta necesita unas nociones legitimadoras que cuenten con el apoyo de la comunidad. Los agravios producidos operan "dentro de un consenso popular" y, a su vez, "en una idea tradicional" de la justicia social y del funcionamiento de la economía, constituyendo lo que E. P. Thompson define como la "economía moral de la multitud". Las masas no sólo se sublevan por hambre, sino también por la certidumbre de que no todos la sufren de la misma manera, ya que la escasez era utilizada por los privilegiados y especuladores para enriquecerse a costa de los pobres, como lo demuestra en

el caso madrileño, por ejemplo, la cuestión de las "despensas". La multitud creía asimismo defender conceptos económicos avalados por la tradición (precio y salario justos, calidad del producto, legítima comercialización) y ante la violación de estas normas respondía con la violencia. Tampoco pueden descartarse otras ideas y creencias -políticas, religiosas, xenófobas- que hicieron que el conflicto social variase en intensidad y dirección.

Quedan aún muchas preguntas por responder para conocer las formas que adoptó la conflictividad madrileña, pero al menos sabemos que fue constante y con momentos especialmente críticos, 1699, 1766 o los comienzos del siglo XIX. La mejor manera de abordar su tipología es, obviamente, la que tiene más en cuenta a los grupos sociales que la protagonizaron, esto es, la que más se aproxima a los antagonismos que están en juego, ya sean motines de hambre o conflictos laborales.

Los conflictos laborales.

El abigarrado mundo del trabajo y los continuos conflictos que en él surgieron nos muestran que Madrid, lejos de ser una balsa de aceite, estaba en ebullición y no siempre a fuego lento. Las partes en liza y los espacios del conflicto eran de lo más variopinto, pues si los enfrentamientos entre amos y criados no rebasan normalmente el ámbito doméstico, los que se producían entre los grandes comerciantes capitalistas y los pequeños tenderos afectaron al corazón de la ciudad, la plaza Mayor y sus alrededores, mientras que las protestas de algunos grupos de trabajadores paralizaban enclaves como la puerta de Toledo o la zona del Rastro.

Así, los conflictos entre los poderosos gremios mayores de comerciantes y los tenderos emplazados en sus "demarcaciones" (distritos exclusivos para cada uno de los Cinco Gremios Mayores según sus ordenanzas de 1686, 1741 y 1783) y alrededores fueron una constante que culminaría en el último tercio del XVIII con la expropiación y expulsión de muchos vendedores modestos y molestos del centro urbano. Mientras, muchos maestros artesanos intentaron evitar su proletarización, derivada fundamentalmente del control de la economía urbana por el capital comercial, apretando las tuercas a sus oficiales y ocasionando así la respuesta activa de éstos.

Los sueldos de miseria, las duras condiciones de trabajo y la precariedad laboral no podían ser soportadas estoicamente por los trabajadores. Y si bien la respuesta fue en muchos casos individual, las acciones colectivas no estuvieron ausentes, sobre todo cuando los problemas afectaban a grupos nutridos de trabajadores (como albañiles, canteros, cigarreras ...) o mínimamente organizados (caso de los oficiales de sastres, de coleteros...).

Así, en 1746 la petición de salarios más altos por parte de los canteros de las obras del Palacio Real, o la caída de la productividad de las numerosas cigarreras de la Real Fábrica de Tabacos en 1830 por la mala calidad del tabaco que debían elaborar (con la consiguiente disminución de sus salarios al trabajar a destajo), derivó en ambas ocasiones en respuestas masivas y violentas de ambos grupos de trabajadores.

Sin embargo, al igual que la inexistencia de instalaciones productivas relevantes es una característica de la industria madrileña a lo largo de la época moderna, la acción a gran escala no fue la respuesta más frecuente entre los trabajadores madrileños frente a las adversidades, siendo mucho más comunes los conflictos colectivos originados en grupos reducidos de trabajadores que, como los oficiales de algunos gremios, se organizaron y movilizaron a través de hermandades y cofradías para plantear sus problemas y buscarles solución. Este apoyo mutuo, además de auxilio frente a la enfermedad y la muerte, les proporcionaba un soporte institucional ante la corporación de sus maestros y las autoridades públicas. Tal fue el caso de la Hermandad de Nuestra Señora de la Natividad, de oficiales de sastre, fundada en 1607 y que en 1684 se uniría con la Cofradía de San Antonio de Padua, de oficiales del mismo oficio, para hacer frente común ante los maestros.

La mejora salarial fue una constante del movimiento reivindicativo de los trabajadores urbanos. Así, si en 1607 y 1753, los oficiales de sastre se movilizaron para conseguir que sus maestros

duplicaran los jornales (de 4 reales a más de 8 en 1607), los oficiales de herradores hicieron lo propio en 1771 solicitando un incremento de entre 1-1,5 reales diarios. En ambos casos, la Sala de Alcaldes se pronunció a favor de los maestros y en contra de los oficiales. Además, los trabajadores también podían protestar por el impago de sus retribuciones como ocurrió en 1731 con los operarios de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, quienes llevaban un año sin cobrar.

La defensa de derechos tradicionales como el pago en especie de una parte del salario o la posibilidad de realizar trabajos autónomos al margen del taller gremial, ocasionó la movilización de algunos grupos de trabajadores en diversas ocasiones. Tal fue el caso de los oficiales coleteros en 1691, los de los sastres en 1694 y 1753, o los de los cerrajeros en 1808. El raquitismo de las unidades productivas -los talleres-, el escaso volumen de capital productivo que requería la confección de algunas manufacturas y el hecho de que la comercialización estuviera en manos de los comerciantes más que de los maestros artesanos, facilitaba que el trabajo a domicilio y, por tanto, ajeno al control de los maestros, fuera un complemento salarial nada despreciable que, además, se convertía en un arma utilizada con frecuencia cuando los maestros endurecían sus exigencias.

En muchos casos los maestros intentaban eludir las reivindicaciones salariales de los oficiales contratando aprendices y oficiales "añeros" y "meseros" (contratos anuales y mensuales), trabajadores ajenos a las corporaciones de oficiales, con salarios más bajos y peores condiciones laborales. Una vez más, los oficiales se movilizaron frente a estas fórmulas de trabajo en precario y lograron algunos éxitos. Así, en 1691 los coleteros (eran pocos, unos 17) se movilizaron para evitar que sus maestros contrataran aprendices, mientras que los sastres harían lo propio tres años más tarde. La Sala de Alcaldes limitaría el número de aprendices que podía contratar cada maestro: una de cal y otra de arena.

Las grandes organizaciones de trabajadores tendrán que esperar al siglo XIX pero sus raíces, al igual que sus problemas ya se encontraban esbozados en la época moderna.

Los motines de subsistencia.

Una crisis de subsistencia se caracteriza por una mala cosecha ---> carestía de alimentos ---> precios altos y prácticas especulativas ---> contracción del consumo y merma de la demanda de artículos manufacturados ---> descenso de los salarios. Pero no quedan ahí las cosas, pues la crisis repercutía de forma desigual en las clases sociales, alteraba los comportamientos demográficos y provocaba una perturbación social que a veces terminaba en conflicto, el motín.

Poco después de establecida la Corte en Madrid, ya aparecen muestras de descontento popular por la escasez de alimentos, elevación de precios y fraudes en el peso y calidad del pan... Y eso que Madrid se reservó un área para comprar grano que pronto superó los 100 km. de radio, al margen de efectuar acopios en otras zonas más distantes y por otros medios. Este sistema paternalista y al servicio del orden público, puso de manifiesto que si las malas cosechas y las oleadas de inmigrantes exportaban la crisis a Madrid, la Corte la reexportaba a aquellos lugares a los que obligaba a surtirla de grano. Así lo demuestran los frecuentes disturbios en las zonas de aprovisionamiento y tránsito hacia la Corte, el último protagonizado por las mujeres segovianas en 1802.

Igualmente las manipulaciones de la moneda, práctica a la que se recurrió muchas veces, sobre todo en el siglo XVII, dejaron sentir su influencia en los precios y acaparamiento de víveres, repercutiendo negativamente en el acceso social a ellos. Así ocurrió en los disturbios de 1664 al grito de "Si el rey no muere, el reino muere"; o en los de abril de 1680, saldados con el asesinato de Marcos Díaz -popular denunciador de la corrupción municipal-, con una huelga de panaderos y con una protesta por parte de 400 zapateros, que se manifestaron ante la casa del presidente del Consejo de Castilla vociferando "Viva el rey, abajo el mal gobierno"; grito que reflejaba la creencia en el rey, padre protector de su pueblo frente a los gobernantes que la multitud consideraba culpables de su miseria. Y es que la muchedumbre, cuando se trataba de la

provisión de pan, se adhería a las prácticas paternalistas y proteccionistas, se apoyaba en el precio justo y apelaba al propio rey.

La eterna cuestión del pan volvió a estar presente en los primeros años del XIX. De 1800 a 1804 el trigo comenzó a escasear y el pan de dos libras pasó de 1,2 a 2,9 reales. Esto, junto al fraude de los panaderos, propició el incendio de los puestos de venta de pan en la plaza del Rastro (5 de abril de 1802). Se detuvo y castigó a 24 personas, pero la mezcla de medidas represivas y paternalistas no pudo evitar que en 1804 murieran 7.845 madrileños, sólo en los hospitales General, de la Pasión y San Juan de Dios. Detengámonos, por último, en los motines de Oropesa (1699) y Esquilache (1766) ya que fueron los más trascendentales en el Madrid del Antiguo Régimen.

El motín de Oropesa. Vino precedido por las malas cosechas de 1697-98 que trajeron las consabidas escasez y alza de precios. Pero lo que terminó por enfurecer a la multitud fue el acaparamiento del cereal por "personas ricas y poderosas", así como las extracciones clandestinas de las que se culpó al conde de Oropesa, el hombre poderoso de la Corte y a la sazón presidente del Consejo de Castilla. La escasez de carne y aceite también levantó ampollas y acusaciones de connivencia entre Oropesa y los Prieto, arrendadores de carne en la capital. El descontento venía precedido, por tanto, del incumplimiento de los cuatro preceptos que las masas atribuían a la misión tutelar del gobierno: 1) pan abundante 2) precios asequibles 3) protecciones contra la especulación, fraude y extracción 4) limpieza y eficiencia de las autoridades (en el caso que nos ocupa no habían previsto que el fallo en el mecanismo abastecedor del pan de registro fuera compensado por el grano y la harina del Pósito). Por añadidura, la situación era de caída de salarios y desempleo, al punto que más de la mitad de los madrileños se encontraba con ingresos en el límite del nivel de subsistencia.

El chispazo saltó en la plaza Mayor en la mañana del 28 de abril, cuando el corregidor Francisco de Vargas recibió las quejas de una mujer que le mostró un pan de dos libras que le había costado 1,4 reales (poco antes costaba 0,7), "tan negro que se lo mostró partiéndolo". Ante la actitud despectiva del corregidor, un lacayo le demostró que además de caro y negro estaba duro; y con él descalabró la cabeza del corregidor, teniendo que refugiarse en una tienda con sus alguaciles. Acto seguido se formó una comitiva que se encaminó a Palacio y forzó su entrada para pedir al rey pan barato y la sustitución de Vargas por Francisco Ronquillo, excorregidor muy popular. A continuación, la multitud tiró hacia la plaza de Santo Domingo donde asaltaron la casa de Oropesa (que tuvo que huir y refugiarse en la sede del inquisidor general), tarea en la que estuvieron enzarzados todo el día, sin que valieran las prédicas del numeroso clero allí congregado ni la exposición de la custodia en los flancos débiles de la casa. Al fin, entre Ronquillo y la tropa lograron por las buenas que la multitud se retirara, tras una tensa noche de constantes rumores sobre un inminente levantamiento del gremio de zapateros.

El éxito y la fuerza de los miles de amotinados (albañiles, criados, pobres, vagabundos, jornaleros, mendigos, mujeres, oficiales gremiales...) fue total como lo demuestra:

- a) el acoso a las autoridades municipales y la imposición de un nuevo corregidor.*
- b) el ataque a Oropesa, auténtico primer ministro que caería a los pocos días.*
- c) el allanamiento del Palacio Real.*
- d) la rebaja en el precio del pan.*
- e) una nueva tasa de los granos.*
- f) que no se tomaran represalias.*

Lo expuesto es suficiente para concluir que la multitud actuó con una lógica propia y autónoma. Fue el desquiciamiento de las instituciones encargadas de hacer funcionar eficazmente el sistema de abastos y la respuesta popular consecuente, lo que se situó en el epicentro del motín. Esto no excluye que el conflicto fuera utilizado para cambiar la correlación de fuerzas en el seno de la Corte, ante la inminente sucesión de Carlos II, entre los bandos austriaco y francés, cuya trama y consecuencias políticas han sido perfectamente diseccionadas por Teófanos Egido.

Final. Está comprobado que el pueblo pidió perdón a Carlos II por su actitud; también está

documentado que "el Hechizado" con la bondad que le caracterizaba contestó: "Sí, os perdono; perdonadme también vosotros a mí porque no sabía de vuestra necesidad". Una frase que es suficiente para revisar la historiografía vertida sobre este monarca. Como se verá a continuación, Carlos III no remató los sucesos de 1766 con esta altura de miras y esta dignidad real.

El motín de Esquilache. Ya los coetáneos lo tuvieron por suceso trascendental de la historia de Madrid e incluso de España. Ello fue así porque las masas populares sacaron a relucir rencores acumulados, lo que se tradujo en una quiebra profunda entre el estado absolutista y el pueblo: si éste fue consciente de su poder e hizo suya la capital de la monarquía, Carlos III jamás olvidó el terror que le produjo la resolución de los amotinados. Fue, por otro lado, una sublevación popular y espontánea, lo que no excluye que unas fuerzas de oposición trataran de darle una orientación política.

Lo primero a tener en cuenta es que el pueblo madrileño (y en general el de toda España) llevaba sufriendo las consecuencias de varios años de malas cosechas, agravadas por la de 1765. Conviene también recordar que por estos mismos años estaba llevándose a cabo un plan urbanístico para eliminar la suciedad de la Corte: reubicación de las basuras, que los cerdos no deambularan por las calles, construcción de pozos sépticos en las casas, aceras y alcantarillas, alumbrado nocturno... Pero algunas de estas medidas tuvieron efectos irritantes ya que los dueños de las casas fueron autorizados a repercutir las mejoras en el precio de los alquileres. Esta misma secuela social se reflejó en la instalación de 2.000 faroles lo que ocasionó la subida del aceite, la inexistencia de velas de sebo y que muchas viviendas populares quedaran a oscuras. El asunto de las capas y sombreros tampoco contribuyó a aliviar la situación ya que con tal medida se alteraban las costumbres del pueblo.

Estos aspectos, con ser irritantes, tuvieron un calado social infinitamente menor que el encarecimiento del tocino, carne, aceite, vino, leña y sobre todo del pan que, de costar 0,7 reales (el pan de dos libras), subió a 1,4 en los primeros meses de 1766. Como en Madrid eran muchos los trabajadores que ganaban en torno a 4 reales de jornal, apenas daba para comprar tres panes. Este sí era un problema grave, motivado por las malas cosechas y no aliviado por el cambio de política en el comercio de granos: la libertad de venta, circulación y precios del trigo (1765) era una novedad que no casaba con el arcaísmo de las estructuras feudales existentes, lo que trajo como resultado no la abundancia de la oferta de grano sino la escasez, especulación y carestía. Esquilache estaba detrás de estas medidas y se convirtió en el blanco de las iras populares. Otra cosa es que el famoso marqués italiano se hiciera acreedor a estos odios debido a su enorme poder (reunía en su persona dos ministerios y la presidencia de un montón de instituciones entre las que no faltaban la Real Junta de Comercio y la de Abastos), su fulgurante enriquecimiento, una mujer ostentosa y ser el objeto predilecto de la xenofobia.

Las prevenciones contra Esquilache y el propio Carlos III no eran infundadas. La llegada de los italianos acarrió desilusiones y resentimientos de quienes, ya desde 1759 se quedaron sin parcelas de poder. Los nobles estaban temerosos de que la política de rescate de rentas por parte de la Corona alterara las esencias del régimen señorial (y que había comenzado a afectar a los duques de Alba, Alburquerque y Argete y al marqués de Estepa). El clero, por su parte, también tenía algún motivo de descontento: se le recortaron algunos ingresos, se endureció la política regalista en el nombramiento de cargos eclesiásticos, la disciplina de los frailes y las preeminencias de los jesuitas. No sería, pues, extraño que los privilegiados se sirvieran de la sátira, del descontento popular y de la xenofobia; pero de ahí a que se comprometieran con el motín va todo un abismo. Una cosa es el descontento y otra muy distinta que bastara para suponer un complot.

Había, por tanto, motivos sobrados para que las masas se lanzaran el Domingo de Ramos (23 de marzo) a destrozar los faroles, saquear la casa de Esquilache, enfrentarse a los soldados y exponer sus quejas al propio rey. Conscientes del éxito obtenido y de su fuerza, al día siguiente la acción popular adquirió mayor valentía y eficacia. La arremetida contra la guardia valona (la formaban muchos extranjeros que eran odiados por su comportamiento en la capital, sobre todo desde la boda de la infanta María Luisa -1764- en que el gentío desbordó las vallas y los valones cargaron sin miramientos matando a sablazos a 24 personas e hiriendo a muchas más)

alcanzó tintes épicos, con escenas de linchamiento y la quema de cuerpos de valones a cargo de una multitud enfurecida. Mientras tanto, el Palacio Real estaba consternado y con dudas sobre si aplicar la fuerza. Se descartó ésta al tiempo que un fraile apaciguador, el padre Cuenca, se encargaba de llevar al rey las peticiones de la multitud:

- 1) destierro de Esquilache
- 2) que sólo hubiera ministros españoles
- 3) extinción de la guardia valona y retirada de la tropa
- 4) rebaja de los comestibles
- 5) supresión de la Junta de Abastos
- 6) que cada uno vistiera a su gusto
- 7) confirmación de todo esto por el rey en persona

La multitud se adueñó de la ciudad y se sintió con fuerza para exigir a Carlos III que se dejara ver y ratificara las peticiones pues de lo contrario seguirían las violencias. El rey aceptó todo. La humillación fue total. Mientras tanto la muchedumbre terminó la jornada en un ambiente que reflejaba que la reclamación de derechos había dejado de ser un delito. En tal situación Carlos III, desde su alto concepto de la realeza, dio la medida de su ineptitud huyendo de noche a Aranjuez, lo que fue interpretado por el pueblo como la frustración de sus peticiones. A los que todavía creían en el carácter semidivino del monarca se les cayeron las escamas toda vez que el pueblo no quería el poder, seguía gritando ¡viva el rey!, pero exigía respeto a sus derechos. Por ello hacen llegar al monarca un mensaje en el que le reclaman la confirmación de sus peticiones y su vuelta a Madrid. Carlos III no quiso hablar de esto último. El pueblo madrileño se dio por satisfecho y entregó las armas.

La protesta popular siguió su curso porque, enlazando con la madrileña y alentados por ella, irrumpieron en toda España motines en 40 lugares y signos de descontento en otros 130. Si la intensidad y tipología fue varia, predominó en todos ellos la carestía de los víveres y las protestas contra panaderos, comerciantes y sobre todo contra las autoridades locales, tachadas de ineficaces y corruptas. Tampoco faltaron ataques contra los diezmos, alcabalas y otros impuestos, así como protestas antiseñoriales y acosos a los palacios y a los mismos perceptores de rentas. Quedaba demostrado que una crisis agraria servía para que salieran a relucir arbitrariedades y odios atrasados.

Los motines en cadena de marzo-abril de 1766 tuvieron, en suma, un carácter popular y espontáneo, lo que no excluye, sobre todo en Madrid, que unas fuerzas de oposición orientaran el motín. Porque, como señala Pierre Vilar, la "orientación política o la utilización de esta crisis como instrumento de lucha en los conflictos de más alto nivel y a más largo plazo que enfrentan las clases conservadoras del antiguo régimen, a las clases ascendentes, dependen del grado de madurez de estas contradicciones de las estructuras". Se daría, pues, oposición política pero no de forma organizada y sí con contenidos ideológicos diversos, lo que hizo que careciera de unidad concertada para desembocar en una revolución.

Y comenzó la represión. Las "fuerzas vivas" de la capital (ayuntamiento, gremios, cabildo eclesiástico y titulados), al alimón con el Consejo de Castilla, arremetieron contra la "plebe despreciable" a la que había que negar las concesiones arrancadas. La reunión de los amotinados fue descalificada con este decálogo de epítetos: "defectuosa, oscura, violenta, de pernicioso ejemplo, nula, ilícita, insólita, obstinada, ilegal e irrespetuosa". A continuación se sacaron de la manga una ley de la "mala pinta" para arrestar "sin formación de causa" a pobres, mendigos, vagos, parados, locos... Unos fueron ahorcados y los más llenaron las cárceles de Madrid. Como no cabían se improvisaron barracones desde donde se les envió a explicar el paseo del Prado o se les encerró en el hospicio correccional de San Fernando.

Pero el motín de Esquilache no sólo dejó ver la cara de la represión y el afianzamiento de las clases dominantes en torno al monarca. Al margen de la salida de Esquilache, abolición de la Junta de Abastos, medidas para importar trigo, mejorar los pósitos, reformar los gobiernos municipales o expulsar a los jesuitas, el alcance del motín se percibió en la continuidad del reformismo, la centralización y el reforzamiento del absolutismo. Pero los motines de 1766, como

la "guerra de las harinas" en Francia (1778), introdujeron una "levadura revolucionaria" que iba a significar el inicio del cambio hacia la disolución del Antiguo Régimen. Tampoco iba a ser desdeñable su influencia en la vida social de la capital quedando como herencia de generaciones y movimientos sociales posteriores.

Plano 101: [Las "despensas" en 1641]

El sistema de abastecimiento de la Corte ocasionó constantes problemas por el abuso que de él se hacía. Demostrativo es el caso de las llamadas despensas, forma especial de suministro que permitía a determinados segmentos sociales privilegiados la provisión de productos de primera necesidad exentos del pago de todo impuesto. El conflicto surgía cuando esta élite acopiaba géneros de forma masiva y especulaba con sus precios, provocando entre otras cosas la escasez en aquellos puntos de compra-venta destinados al resto de la población. La práctica indiscriminada de esta fórmula terminó por alarmar al mismo poder público, temeroso de la distorsión ocasionada a los cauces regulares de entrada de víveres. No en vano, en 1641 se detectó la presencia en Madrid de 82 de estos centros de venta clandestinos, 43 en manos nobiliarias, 13 de embajadores y 6 en centros hospitalarios, estando el resto repartidas entre otras instituciones religiosas o particulares de renombre.

Plano 102: [Motín de Esquilache. Domingo, 23 de marzo de 1766]

División de la multitud por los cuatro arrabales principales de Madrid, para posteriormente congregarse en la plaza de Matute (1). Grupos armados provocan a la tropa en la plaza de Antón Martín (2) convirtiendo en redondos todos los sombreros que se encontraban por el camino. Al grito de ¡Viva el rey, muera Esquilache! la multitud asalta la casa del ministro en la calle de las Infantas (3) estando él ausente; por la noche se produce un segundo ataque saldado con 2 asaltantes muertos y 6-8 heridos. Los amotinados rondan ya los 20.000. Concentración en la Puerta del Sol (4). Dos amotinados mueren y cuatro son heridos en una refriega en la calle de la Concepción Jerónima (5). Huida de la tropa ante el furor popular. Concentración de algunas cuadrillas en las plaza de Santo Domingo y Caños del Peral (6) para después marchar hacia la casa del Gobernador del Consejo de Castilla (7) causando algunos destrozos. Los detenidos en el Cuartel de los Caños del Peral por esta acción son finalmente liberados por la multitud, con varios heridos por ambos bandos. Otras cuadrillas se dirigen a Palacio (8), siendo frenadas por la Guardia Valona en el Arco de Palacio. Reforzamiento de la tropa: llegan tres Compañías de Guardias de Corps (9), dos Batallones de Guardias Españolas (10) y otros que estaban de recluta en Vallecas (11) y los Carabancheles (12). Todo ese contingente se concentra en la calle y plaza Mayor y en la Puerta del Sol para patrullar por la ciudad durante la noche sin hacer movimiento alguno contra los amotinados.

Plano 103: [Motín de Esquilache. Lunes, 24 de marzo de 1766]

Llegada de los soldados Miñones desde El Pardo (1) los cuales se acantonan en San Felipe el Real (2) y se encaminan a Palacio. Concentración de la multitud en la Puerta del Sol (3) y reinicio del conflicto. Marcha de los amotinados hacia Palacio (4) dispersando a las Guardias Valonas en la Puerta de Guadalajara (5) y haciéndolas huir rumbo a Palacio (6). Nuevos enfrentamientos en Santa María (7) que provocan la desbandada de la tropa hacia la plaza Mayor (8), calle de Santiago (9) y Monjas de Constantinopla (10). El pueblo reclama la presencia del rey en el balcón de Palacio (11), lo que finalmente se produce con efectos claramente apaciguadores. A pesar de ello, por la noche un nuevo contingente militar entra en la ciudad (12) y forma alrededor de los accesos al Palacio Real.

Plano 104: [Motín de Esquilache. Martes, 25 de marzo de 1766]

Huída del rey y de Esquilache hacia Aranjuez (1). La multitud indignada se hace con el control de

la ciudad, acordonando las salidas hacia el Real Sitio (2) y cerrando todas las puertas y portillos (3). Toma por los amotinados de los cuarteles militares (4) y de sus armas y liberación de los prisioneros de los días anteriores. Incautación en la calle de la Montera (5) de un carromato de fusiles y bayonetas que son repartidos entre los rebeldes. Liberación de presos de varias cárceles (6). Los amotinados acuden de nuevo a la residencia del Gobernador del Consejo (7) reclamando la vuelta de Carlos III. Finalmente deciden enviar un emisario a Aranjuez con las exigencias del pueblo. Redacción de las demandas populares en la Puerta de Toledo. Los frailes de San Felipe Neri (8), escoltados por un contingente popular armado, organizan una procesión por la ciudad reclamando calma. Mientras se espera la vuelta del emisario desde Aranjuez (9) la tropa, compuesta por 1.200 soldados, se concentra en el palacio del Buen Retiro (10).

Plano 105: [Motín de Esquilache. Miércoles, 26 de marzo de 1766]

La ciudad permanece en manos de los rebeldes, con la tropa formada en espera de órdenes (1). Las cuadrillas recorren Madrid (2) exhortando al alzamiento a los trabajadores de la Aduana (3) y de Correos (4). Llegada del emisario desde Aranjuez (5). Reunión del pueblo en la plaza Mayor (6) para escuchar la respuesta real. Carlos III acepta todas las exigencias. Devolución de todas las armas incautadas. El motín ha triunfado.

Lámina 81: Narración de los sucesos sobre el motín de Oropesa, por Juan Francisco de AYALA MANRRIQUE.

El motín de 1699 estalló en un contexto de subida de los precios del aceite y el trigo, y en una situación de caída de los salarios y desempleo que, según el embajador inglés, afectaba a 40.000 artesanos de la capital. La acaparamiento del cereal por "personas ricas y poderosas" originó una rápida elevación del precio del trigo y del pan, al mismo tiempo que se detectaron extracciones de grano en las que se involucraba a Oropesa. Simultáneamente, la carne y el aceite eran también motivo de la denuncia de la escasez. La multitud acusaba a Oropesa de connivencia con los arrendadores de la carne de la Corte, los Prieto. El motín por tanto venía precedido de una creciente agitación social, fruto del descontento de las clases populares indignadas ante el encarecimiento de los artículos básicos.

Lámina 82: Origen del motín contra Esquilache, por E. ZARZA y J. DONON.

Sin negar la importancia del famoso asunto de las capas y sombreros, que rompía con unas arraigadas normas de identificación social, otros factores deben ser tenidos en cuenta para desentrañar las causas del motín: varios años de malas cosechas, repercusiones económicas de un plan urbanístico programado para eliminar la suciedad de la Corte y que, en la práctica, dejó a muchas viviendas populares sin luz por la inexistencia de velas de sebo... No obstante, estos aspectos sólo fueron el detonante del motín. En el fondo, se encuentra la fuerte subida del precio de los productos básicos (tocino, carne, aceite, vino, leña y, sobre todo, del pan), que, una vez más, repercutió con más fuerza en las economías más modestas.

Lámina 83: Real Provisión de los señores del Concejo, en que a instancia de la Nobleza, Villa, y Gremios de Madrid, en quienes se halla refundida la voz común, se desapruueban las pretensiones introducidas sin legítima personalidad en los bullicios pasados, y declaran por nulas, e ineficaces, como opuestas a las Leyes, y constitución del Estado.

Después del motín lo más notable de la estructura social de la ciudad cerró filas en torno al monarca. La nobleza, la iglesia y la villa de Madrid presentaron al monarca varios memoriales, en los que con "desconsuelo y aflicción" se disculpaban por los excesos cometidos. En todos se mostraba al rey su desaprobación por la "tumultuosa inquietud acaecida en esta villa". Otros actores sociales, como los gremios mayores y menores, se desmarcaron de las demandas del motín, pidiendo incluso la anulación de las gracias concedidas a los tumultuados.

Fotografía 26: La fuente de la Fama.

A principios de marzo de 1766 se volvió a poner en práctica la normativa que obligaba a recortar las capas y reformar los sombreros de ala ancha. La medida motivó protestas y denuncias, a través de pasquines y libelos, en medio de un clima de creciente crispación e inseguridad social. El Domingo de Ramos de 1766 la plaza de Antón Martín y la fuente de la Fama fueron el escenario del primer enfrentamiento entre un grupo de embozados con capas y sombreros redondos y los soldados de un cuartel cercano. Este acto fue el pistoletazo de salida de una sublevación popular y espontánea que lejos de agotarse en el ámbito de la ciudad tuvo su proyección en gran parte del reino.